

LA TALABARTERIA EN LAS ALPUJARRAS

Celina SAEZ

Posiblemente sea la talabartería uno de los más arraigados aspectos del arte popular en Granada y no es de extrañar, pues se ha detectado su origen morisco; además, resulta lógico en una tierra abrupta, donde las caballerías son el principal medio de transporte.

En Granada capital persiste un núcleo importante desde el siglo pasado en la calle de Mesones, donde todavía se confeccionan albardas y jaeces a la usanza tradicional; pero fue en los pueblos de la sierra granadina, en la zona de las Alpujarras, donde el aparejo de las caballerías se constituyó en el exponente de la posición social de su propietario; ni que decir tiene que todos los cortijeros alpujarreños cuidaban al máximo la riqueza en adornos de los distintos arreos que componían la montura. El aislamiento geográfico y cultural de la zona ha favorecido la conservación de esta costumbre.

Ante todo, se diferenciaban dos clases de aparejos: los de labor, para las faenas del campo y los propios para el paseo sobre la montura, es decir, para montar "con carona". Esto se hace notorio en el distinto empleo del cabezón, más sencillo o de la jáquima compuesta por un "frontil" con colgantes sobre los ojos, un "rostral" que es la parte que pasa por encima del morro y los barbuquejos, que son los adornos que penden debajo de las orejas. En cuanto al tipo de adornos que se les ponen, al de labor, una sola estrella en el frontil y una boquera de flecos cortos de seda; la jáquima, aparte de esto, una cogotera bordada y en la boquera, borla y dos flecos.

Para montar "con carona" el orden del aparejo es el siguiente: en primer lugar se pone la basta, en segundo, el ropón, seguidamente el mandil, a continuación la sobrejarma con trenzados, la baticola que lleva clavos dorados formando rosillas, y pelo de tejón, por último la cincha sujeta todo lo demás. El aparejo de labor consta de la basta que tiene dos partes salientes o "cañoneras", luego va el ropón, más tarde la jarma que tiene unos flecos, el

mandil que llega a la misma parte donde se encuentra el atajarre y, finalmente, la sobrejarma.

Los adornos están estudiados de forma que las partes tapadas por otros arreos diferentes no van bordadas, sino que llevan la lona al aire. Con respecto a los temas, hay una gran variedad de ellos y pasan desde estrellas encerradas en círculos centrados con cascabeles y botones dorados, rosetones compuestos de estrellas, hasta círculos, medios o enteros, enmarcando flores y hojas de raspilla. Hoy en día perdura la costumbre de adornar con bordados los aparejos, pero ya no hay una diferencia tan clara.

Como hemos podido comprobar, en los núcleos más importantes de población está en mayor auge la talabartería; así, en Cádiar, hay dos talabarteros con establecimiento abierto al público y con una producción considerable. De estos dos señores, Jesús Fernández Rodríguez y José Antequera, el primero, a cuya amabilidad debemos gran parte de los datos de este artículo, aprendió su oficio de otro talabartero en régimen de aprendiz; en este caso está el talabartero de Capileira, Francisco Ortega Portela. Sin embargo, es más tradicional que el oficio pase de padres a hijos y también hemos encontrado ejemplos, como el otro talabartero de Cádiar, José Antequera y el de Pórtugos, Antonio Rodríguez Castro, que realiza el albardón y la albarda que se ponen solos y la enjalma, que es flexible; la basta y la sobrejarma, que van juntas, aparte de palmetas, cojinetes o "colleras", etc. A causa de esto es factible suponer que fue en la posguerra cuando el hilo de la tradición se cortó.

En pueblos más pequeños, como Capileira, el talabartero trabaja sólo de encargo, no tiene tienda, y ha de realizar trabajos en el campo para ayudarse.

El turismo ha dado un soplo de vida artificial a la talabartería como objeto de adorno. Pero a pesar de la confianza de los artesanos en lo contrario, es algo que está extinguiéndose en cuanto a su función social de atuendo de fiesta, o de boda y símbolo de la alegría de un pueblo.